

JULIA DE ASENSI

# TRES AMIGAS

NOVELA ORIGINAL

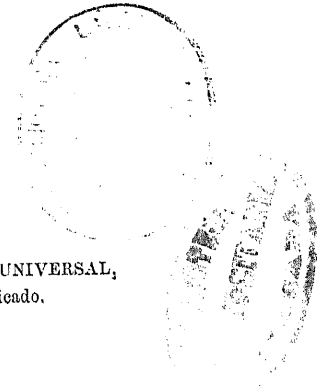
PRECEDIDA DE UN PRÓLOGO

DE

DON LUIS ALFONSO.

MADRID.

EN LA BIBLIOTECA UNIVERSAL,  
Calle Real, núm. 1, cuadruplicado.  
1880.



5  
1775

00000000

JULIA DE ASENSI

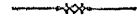
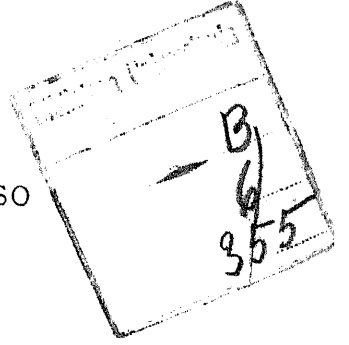
# TRES AMIGAS

NOVELA ORIGINAL

PRECEDIDA DE UN PRÓLOGO

DE

DON LUIS ALFONSO



M A D R I D .

LIT. É IMP. DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL,

Calle Real, núm. 1, cuadruplicado,

1880.



---

---

Esta obra es propiedad de su  
autor. Queda hecho el depó-  
sito que marca la ley.

---

---

---

---

## PRÓLOGO.

---

Si la señorita Julia de Asensi aceptára en vez de prólogo, una lisa opinion llanamente expresada, le diría:

—He leído seguidamente y sin soltarla de la mano la novela de usted y me ha parecido corta.

Pero la señorita Julia de Asensi ha caído en el error de que esta novela necesita prólogo, imaginando sin duda que en su calidad de señorita há menester, para entrar en un libro, como para entrar en un salón, del brazo de un caballero.

Y áun así yerra. Al llegar á una puerta (como si dijéramos á una portada) el caballero cede el paso á la señora. Así debiera suceder en este caso, y la autora, siguiendo mi consejo, imprimir el prólogo al final del libro.

Porque es lo cierto que si el lector conociera de antemano TRES AMIGAS, saltaría cualquier prefacio de pluma ajena, y entraría de lleno en el libro—como los viajeros en las galerías de pinturas, pasan sin detenerse por el vestíbulo y sus cuadros decorativos, para lanzarse ávidos á contemplar las obras de los grandes maestros.

La obra (modesta en sus dimensiones y propósitos) de la señorita de Asensi no reclama ni paje que la anuncie, ni rodrigon que la acompañe, ni escudero que la defienda. Puede, á pesar de su juventud y de sus encantos, andar sola. Un prólogo en ella es, por lo tanto, ocioso.

Mas hé aquí que al propio tiempo que lo condeno, lo escribo; llenando algunas páginas para demostrar que son inútiles — trabajo al que con sobrada frecuencia nos entregamos los españoles. Forzoso será, pues, ya que á ello me hé obligado, decir alguna cosa de la novela en esas páginas, confiando en que, contra lo que se acostumbra, el libro amparará al prólogo y el buque salvará al pabellon.

TRES AMIGAS es, á mi juicio, más que novela, una narracion bien escrita, mejor pensada y mucho mejor sentida. Adviértese en ella claramente un estudio de mujer, por mujer y para mujer. No es trascendental ni nuevo su pensamiento; no es sorprendente ni extraordinario su desarrollo; no es elevado, florido, ni correctísimo su lenguaje. En estilo sencillo, casi familiar—como cuadra en rigor, á la forma epistolar de la novela—relátanse tres historias, ó mejor, tres episodios, que con carecer de ricos adornos de primorosa filigrana, agradan, interesan y, lo que vale más, conmueven.

Sin que falten rasgos agudos y escenas dramáticas, la delicadeza y la ternura resaltan en el libro á cada paso, protegiendo y hermoheando sus páginas como esas plan-tas, siempre lozanas y frondosas, que inclinándose sobre un arroyuelo sombream y acarician su curso fresco, bullidor y limpio.

No es tan difícil empresa para un escritor avezado un tanto á las lides de la pluma, suspender el ánimo del lector ó del espectador en el libro ó en la escena; lo es sí, mucho más, agitar suavemente su corazón, apresurar, sin atormentarlo, sus latidos, y lograr que desde sus ocultas fuentes, afluyan melancólicas, pero no amargas lágrimas á los ojos.

Y este triunfo, aunque tácito y recatado, más bello que otros triunfos ruidosos, ha conseguido la autora de TRES AMIGAS. La narracion, lo repito, agrada, interesa y conmueve. Si así sucede, es, ante todo, porque Julia de Asensi escribe *verdad*, asiento principal de lo bello. Los episodios que tejen su literaria labor están directamente arrancados de la naturaleza, y al propio tiempo, sin ostentaciones dogmáticas ni filosóficos alardes, enciér-rase honda leccion en su conjunto.

El reposo del hogar, el reposo del claustro, el reposo de la tumba, bríndanse á la mujer, lo mismo en la ficcion de la novela que en la realidad de la vida. No ha creado la señorita de Asensi tres imágenes ni tres estatuas, sino tres figuras de carne y hueso, que alientan y viven, y cuyo diverso destino las empuja á terminar su carrera en uno de los tres citados asilos. Con penetracion exquisita la autora demuestra, no por medio de argumentaciones sino de hechos, que lo que *es, debe ser*; que dados los antecedentes de las heroínas, su ruta, propicia ó adversa, es lógica, y que la mano que las conduce no pertenece á la ciega fatalidad, si no á la sabia Providencia.

En elegante colegio, como en blando nido, desenvuelven sus fuerzas tres niñas—tres aves. Dos, remontan el

vuelo; la otra no abandona el nido. La primera entona, durante el transcurso de la novela, el canto ligero, risueño y dulce, propio del ave que posa en los bien cuidados árboles de lindo y fértil huerto. La segunda exhala dolientes gemidos, amargas quejas, al no hallar otro refugio que las desnudas ramas de tronco inculto sobre árido terreno. La tercera no agita, si no plega sus alas; acócese á lo más recóndito del nido y produce allí armonías quedas y suavísimas, que apenas se escuchan en la tierra, pero cuyas resonancias suben á los cielos.

Esto y no otra cosa es la novela *TRES AMIGAS*, reflejo en muchas de sus partes del espíritu escogido y delicado de su autora. La señorita de Asensi al ser escritora no ha dejado de ser mujer, lo cual no es tan comun ni tan fácil como parece.

Créese—y créenlo algunas interesadas, que es lo peor,—que no es posible á un tiempo hacer versos y hacer calceta: imaginar libros y coser trajes; atender á las tareas literarias y á las faenas caseras. Y sin embargo, no hay incompatibilidad alguna entre unas y otras manifestaciones de la actividad. Julia de Asensi, entre otras, lo demuestra.

Dotada de singular facilidad para la poesía; ayudada por laboriosidad constante, escribe y escribe mucho; pero su cualidad más sobresaliente y más rara, la modestia, reduce y merma el número de las composiciones destinadas al público. La novela que á este cuitado prólogo sigue, es su primer libro. En mi concepto ha sido discretísima la eleccion.

Si apareciese anónimo, un lector sagaz exclamaría,

despues de haberlo leído: «Hé aquí la obra de un escritor sensible, bueno é inteligente; pero de inteligencia, de bondad y de sensibilidad esencialmente femeninas.

Posible es que la crítica trate con rigor ó quizá con desden á una obra que viste las sencillísimas ropas de colegiala. Pero la novela en cuestion no se ha escrito para la crítica, como las amapolas de los trigos no han nacido para las estufas de los palacios. Y sin embargo, al cojer las amapolas se cojen las mieses de donde nace el pan.

A los críticos, pues, que ataquen ó desdeñen *TRES AMIGAS*—obra, insisto en ello, de mujer, por mujer y para mujer—podrá responder la señorita de Asensi con la frase, humilde quizá, pero muy gráfica, de nuestro compatriota el satírico Marcial: «Prefiero que los manjares de mi mesa gusten á los convidados que á los cocineros.»

Los manjares literarios de Julia de Asensi, si me es lícito insistir en el símil, no se hacen sabrosos con especias fuertes, ni condimentos picantes, ni siquiera con salsas ó aderezos sábios. Son viandas propias de la mesa de una mujer, mejor dicho, de una señorita.

No espere el lector más; tampoco ménos. Perdone al prologista como á un maestresala torpe en presentar el plato, y nutra su alma con un escrito ligero, sano y agradable—como el blanco y sabroso pan que producen aquellas mieses entre las cuales crecen esbeltas y gentiles amapolas.

LUIS ALFONSO.

En el Puig á 30 de Diciembre de 1879.



---

---

## TRES AMIGAS.

---

### I.

CARTAS DE SUSANA Á SU AMIGA TERESA.

10 de Julio.

¡Qué verano tan aburrido me aguarda, querida mía! En vez de ir como otros años á alguno de los establecimientos balnearios de las Provincias Vascongadas, mi padre se obstina en encerrarme en nuestra casa solariega donde no veremos á nadie como no sea á algunos rústicos vecinos. Más dichoso que yó, mi hermano Fernando ha partido para el norte de España á hacer un viaje de placer, y es fácil que hasta que no lo termine no dé á ninguno de nosotros cuenta de su persona. La salud de mi padre es algo delicada y desea descansar de su azarosa vida buscando la paz y el sosiego en este pobre rincon que tanto le agrada.

Me figuraría que continúo encerrada entre las cuatro paredes del convento si no me faltáseis tú y mi querida Luisa. Lo más triste es que no hay

ni una de nuestras compañeras en este país, así es que la soledad que me espera es espantosa. Yo quisiera ser como tú que vives feliz en ese claustro que me parece una tumba y del que deseas hacer tu única morada en la tierra.

No sé si alguna vez te he hablado de esta posesión de mi padre, pues no la había visitado desde mi infancia y conservaba de ella muy vagos recuerdos, pero si lo he hecho, perdona que te repita lo que sabes, pues deseo conozcas los lugares que habito.

Compónese la casa de tres pisos; en el bajo hay algunos salones más que modestamente amueblados, comedor, cocina y otras piezas para el servicio de criados. En el principal nuestros cuartos y otros para los huéspedes, que no han de venir, y en el segundo la biblioteca, despacho y salas de juego. Rodea esta casa un hermoso jardín que no merece este nombre si se tiene en cuenta que no hay en él flores ni bellas plantas, que las fuentes se hallan mudas, que la pajarera no encierra ningún ave y que la yerba crece en libertad por en medio de las anchas calles de árboles. Cerca de la tapia que dá á un camino estrecho y solitario se eleva un pabellon ó torrecilla; en él se ven pájaros disecados, algunos vasos que sirvieron para colocar flores y hoy están sucios y rotos, y cuatro estatuas colocadas en los ángulos que representan las esta-

ciones: todo empolvado y cubierto de telarañas. Me parece que he venido á habitar unas ruinas y que en esta casa, y en particular en la torre, debe haber hasta duendes. Por una escalerilla se sube al segundo piso de esta desde el que se divisa un precioso panorama. Véñese á lo léjos frondosos campos de verde esmeralda y un bosque de verde sombrío que es negro á esta distancia; creo que hay en él un castillo bastante bien conservado, de oscuras paredes, al que llaman el castillo negro, así es que me figuro ha de ser una mansión de luto.

Léjos de mi casa, pero dentro de las tapias de su jardín, está la lechería con su establo correspondiente, un buen gallinero y el palomar. Habitan la lechería un matrimonio, el jardinero y su mujer, y dos hijos que trabajan en casa. Tenemos además tres criados, la cocinera, mi doncella y el ayuda de cámara de mi padre; los otros se han quedado en Madrid. Uno de los hijos del jardinero guiará el carruaje cuando hagamos alguna excursión, pues todavía no hemos salido. Muchas gallinas, algunos pollos, un gallo de larga melena y tornasolada pluma y diversas parejas de palomos, son los habitantes del gallinero y del palomar.

Paso ahora á describirte las piezas que me han destinado que son las más bonitas de la casa, con muebles modernos y papeles recientemente puestos. Se vé en primer término una salita con tapi-

cería azul celeste, tallada sillería, mesitas japonesas, espejos, piano, diversos cuadros de pájaros, flores é insectos, libros, jarrones, juguetes y otras mil fruslerías de esas que tanto nos agradan á las mujeres. Sigue un cuarto tocador decorado con buen gusto, de rosa y blanco, mi alcoba cuya cama dorada con blanca colgadura es bastante más cómoda que mi modesto lecho de colegiala y el cuarto de baño. Todo tiene vistas al jardín.

Hé aquí cuál es mi vida. Me levanto á las siete, hago mi *toilette* que dura hasta que me llaman para el desayuno, despues doy un paseo por el jardín en cuyas calles de frondosos árboles no penetran los rayos del sol: suelen acompañarme mi padre ó mi doncella, que es una excelente muchacha llamada Gertrudis; leo hasta la hora de comer, echo una breve siesta, toco el piano un rato que consagro á los estudios, coso ó bordo, vuelvo á pasear, ceno, repaso algunas piezas de música y otras de canto, leo á mi padre las cartas y periódicos que nos traen de fuera y me acuesto siempre ántes de las doce. Esto será igual todos los días si Dios no lo remedia. ¿Te parece suficiente para una muchacha de diez y ocho años que sueña los nueve meses de clausura con los tres de libertad? Tú me dirás que eres poco mayor que yo y que pasas todo el año feliz en el convento, mas ya sabes que admiro tanta virtud y que en balde

me esfuerzo por imitarte. Luisa puede entenderme mejor; con esta misma fecha le escribo.

Adios; mi excelente Teresa, hazme saber de tí, saluda respetuosamente á las santas madre y hermanas de nuestro colegio, abraza á las compañeras que, como tú, no salen nunca á veranear, y acuérdate mucho de tu mejor amiga que te quiere,

SUSANA.



## II.

30 de Julio.

Hace veinte dias que no te escribo, mi buena Teresa, parece imposible teniendo tan pocas ocupaciones; difícilmente podria decirte en lo que he empleado mi tiempo.

Estoy algo ménos aburrida que la última vez que te escribí, he salido muchas tardes á caballo con mi padre, he visitado los alrededores de nuestra casa, que son bellísimos y muy pintorescos, y nos han venido á ver varios vecinos que aunque no son generalmente personas de fino trato, están amables y cariñosas y se esfuerzan en obsequiarnos. No te hablaré de la mayor parte de ellos porque en alejándome de aquí no los volveré á recordar, únicamente te presentaré al señor de Losada, cesante desde la revolucion de Setiembre, y á sus hijos. Son dos varones y una hembra; el mayor se llama Rafael, tiene veintitres años, una figura agradable, buena educacion, es poeta, músico, pues toca el piano y la guitarra y canta muy bien coplas populares, habla el francés y el italiano, traduce el inglés, es atento con las damas y no se fastidia mucho en este pueblo. No sé qué carrera

ha seguido, pero supongo que estudia en Madrid y pasa el estío, ó sea las vacaciones, en el campo con su familia. La segunda se nombra Manuela, es fea, romántica, algo áspera, le encantan las cintas y las joyas y envidia á las que valen ó tienen más que ella. Creo que ha de ser de mi edad. El tercero de quince años, ó sea José ó más bien Pepito, forma singular contraste con su hermano. Tiene un tipo vulgar, las manos gruesas y encarnadas, los piés muy grandes, no se le conoce habilidad ninguna y al propio tiempo que Rafael es el agraciado para todo por hombres y mujeres, del pobre Pepito se burlan despiadadamente, sin que su misma familia se enoje por esto. A mí me parece el chico un infeliz. Estudia con el maestro del pueblo y el padre le dedica á labrador, añadiendo con la mejor buena fé que no sirve para otra cosa. Pepito habla poco, no es ya completamente niño ni se le considera aún como hombre.

Dos ó tres vecinitas mías están enamoradas de Rafael y el jóven ni las desatiende para probar que no las ama, ni las hace alimentar ilusiones con vanas galanterías. Conmigo se muestra amable y afectuoso, pero no busca mi conversacion ni la sostiene más que cuando la casualidad nos coloca el uno al lado del otro. ¿Hay algo misterioso en este muchacho ó es que yo me forjo una novela para hallar un aliciente en mi destierro?

Anoche nos encontrábamos todos reunidos en mi casa. Los señores graves jugaban unos al tresillo, otros al dominó y los jóvenes rodeábamos el piano. Rafael acompañaba á cantar á una señorita. De repente miró el reloj, se puso de pié y nos dijo:

—Señoras, siento infinito dejar á ustedes tan pronto, pero tengo que irme, me han citado para las diez.

—¡Una cita! exclamó un coro de voces femeniles.

—¡Oh! no hay que alarmarse, se trata de un amigo que acaba de llegar de la córte.

—¿Un amigo?

—Sí.

—¿Dónde vive?

—En el *Castillo negro*.

—¡Qué horror!

—¡Horror! repetí yo asombrada, ¿y por qué?

—Usted que es discreta, me dijo Rafael, no hará caso de esos cuentos de hadas que circulan por el país. Dicen que el castillo está encantado, que tiene un dueño feroz que mata á todos los que allí penetran, que el que se aproxima á sus muros oye gritos lastimeros, ruido de cadenas y que por la noche brillan fatídicas luces en las ventanas de sus torres.

—Eso es verdad, afirmó Manuela.

—Yo he encontrado una vez en el bosque,

prosiguió otra muchacha, á un jóven de siniestro aspecto, que más bien volaba que cabalgaba en un caballo colosal.

—Yo le he visto llevando un fantasma blanco á la grupa.

—Yo le he hallado en el momento de escalar las tapias del cementerio. Iba vestido de negro y su palidez le hacía parecer un cadáver.

—Ustedes no han visto nada de eso, dijo sonriendo Rafael; el dueño del castillo es un hombre como yo, sólo que mucho más desgraciado que yo.

Todas le interrogamos, pero el jóven que parecía estar impaciente, se alejó.

Lo que habia oido era más que suficiente para despertar mi curiosidad. Al encontrarme más tarde sola con Gertrudis, le hice algunas preguntas referentes al dueño del Castillo negro y no me dijo ni más ni ménos que mis vecinas.

Rogué á mi padre que me llevase una tarde al bosque, y accedió á mi deseo; la escursion está aplazada para el día 5 y pensamos hacerla en coche para atravesar los campos más rapidamente. Ya te referiré todo lo que vea.

No puedo ser más extensa hoy. Te quiere de corazon tu verdadera amiga,

SUSANA.



### III.

10 de Agosto.

¡Qué de acontecimientos desde que te dirigí mi última carta, amiga mía! ¡Si supieras dónde te escribo esta! En una de las habitaciones del famoso Castillo negro donde estoy desde hace unos días... Pero vamos por partes: es preciso que sepas en qué consiste que mi padre y yo hemos venido á parar aquí.

Llegó la tarde del 5 de Agosto; el cielo estaba encapotado y amenazaba lluvia. Sabes que soy un tanto caprichosa y que cuando tengo un proyecto difícilmente me resigno á no realizarlo.

—Se nos va á aguar la fiesta, me dijo mi padre.

Yo debí poner mala cara porque el buen señor no insistió y hasta dió orden de que enganchasen los caballos al carruaje.

—¿Sabrás tú guiar bien el coche, Francisco? preguntó al hijo del jardinero.

—Ya lo creo, contestó el muchacho, me pinto solo para esas cosas.

—¿Y conoces el bosque?

—En todas sus vueltas y revueltas.

—¿Es decir que no te estraviarás ni volcaremos?

—¡No señor, no faltaba más!

Al ver el aplomo de nuestro servidor, mi padre y yo nos sentamos contentos y confiados en el coche que pronto se puso en movimiento. Serían poco más ó ménos las seis. Cruzamos campos y valles, vimos á derecha é izquierda arroyos cristalinos á cuyas orillas crece el blanco nenúfar, pasamos por delante de poéticas casitas y de aluminadas chozas y la noche se iba acercando y aún no entrábamos en el bosque. El cielo estaba cada vez más negro; á lo léjos se divisaba el terrible castillo con sus ogivas ventanas, sus puntiagudas torres y sus profundos fosos. Empezó á caer una lluvia menuda, rojos relámpagos rasgaron las nubes, se oyó cercano ruido de truenos y... Francisco en aquel momento nos confesó que había equivocado el camino y que no sabía volver como mi padre quería. Casi me alegré; ver el deseado castillo y no acercarnos á él me parecía una iniquidad. El pobre conductor iba calado, nosotros temblábamos de frio por él.

Una chispa eléctrica que cayó en el bosque espantó á los caballos que arrastraron el coche en su precipitada carrera. Tuve un miedo espantoso que mi padre en balde trataba de disipar, cerré los ojos para no ver, me tapé los oídos para no perci-

bir ningun sonido, guardé un tenaz silencio sin atender á los temores de mi compañero de viaje y en tal situacion me hallaba, cuando volcó el carruaje y perdí el conocimiento. Supe por mi padre lo que entónces sucedió y voy á referírtelo, aunque hasta más tarde no pude darme cuenta de nada. Nos hallábamos á corta distancia del castillo negro. Francisco lanzaba lastimeros gritos y al oírlos se abrió la puerta del sombrío edificio saliendo dé él un hombre de varonil belleza, pobremente vestido, con los cabellos algo en desórden, que á pesar del modesto traje, más parecía amo que criado. Se acercó á nosotros con indiferencia, ayudó á levantar los caballos y el carruaje, vió que mi pobre padre estaba herido, aunque levemente, hizo que Francisco le sostuviera para que pudiese andar, y me cogió en sus brazos con la misma facilidad que si yo fuera un niño. Se dirigió resueltamente al piso bajo del castillo, me echó en un divan, hizo sentar á mi padre en un sillón y mientras se ocupaba de cuidar la herida abrí los ojos recobrando el sentido. Quise ir á abrazar á mi padre y no pude moverme.

—Esté usted tranquila, me dijo el desconocido con dulzura, este señor no corre ningun riesgo. Muchacho, añadió dirigiéndose á Francisco que estaba de pié é inmóvil junto á la puerta, dá de beber á esta señorita.

El criado cogió un vaso de agua mezclado con otro líquido, que habían preparado sin duda para mí, y lo acercó á mis labios.

Volví á echarme en el divan y miré atentamente á nuestro salvador. Parecía tener unos treinta años, vestía pantalon y chaqueta blancos, zapatos negros y corbata gris. Sus cabellos ondeados y peinados con descuido, eran largos y oscuros, sus ojos de mirada penetrante, grandes y expresivos, su nariz de correcta forma, los labios algo pálidos sombreados por espeso bigote, los dientes blancos é iguales, las manos delgadas y cuidadas con esmero, los piés pequeños, á pesar del tosco calzado. En su despejada frente parecía brillar la llama del génio; no, aquel hombre no podía ser un hombre vulgar.

Mi padre le dirigió algunas palabras de gratitud que él escuchó con visible contrariedad y disgusto.

—No me dé usted gracias por nada, se apresuró á decir, el mortal está obligado á hacer poco ó mucho, segun sus facultades, por el prójimo, pero á hacer siempre algo. Su herida de usted es leve, pero exige cierto cuidado; se quedará usted aquí un par de dias.

—¿Es usted el dueño del castillo? le preguntó mi padre.

—Sí señor, contestó; hace algun tiempo que lo compré. Quedé huérfano muy jóven.

—¿Vive usted en él todo el año?

—Casi todo.

—¿Sólo?

—Con tres antiguos criados.

Quisimos oponernos á permanecer allí, pero no hubo medio de que partiésemos; además el coche se había roto, él declaró no tener carruaje y no podíamos pensar en volver á nuestra casa á pié. Precisamente mi padre estaba herido en una pierna.

Pasamos casi toda la noche sólo porque no quisimos cenar y únicamente tomé una taza de té por complacer al dueño del negro castillo. A pesar de que me prepararon una habitación, no hice uso de ella y permanecí al lado de mi padre al que el desconocido acostó en su propio lecho. Una vez allí, observé á mis anchas la alcoba y el despacho de nuestro salvador. Separaban á la primera del segundo altas columnas y no había en ella más que una cama, dos divanes y algunos cuadros mitológicos. En el despacho ví también divanes, dos armarios con libros sin encuadernar en su mayor parte, otro con pequeños botes de cristal con sus correspondientes rótulos que supongo estarían escritos en latín, una mesa cubierta de legajos numerados, dos ó tres volúmenes en idioma desconocido para mí, plumas, tintero, cuartillas sin terminar, etc. Delante de la mesa un sillón, en las pa-

redes armas antiguas, retratos de antepasados ilustres y en medio de estos un dibujo representando, según se leía al márgen, á Mesmer el célebre magnetizador. ¡Si hubieses estado allí, Teresa, tú tan religiosa, tan tímida, te hubieras sobresaltado pensando hallarte en la habitación de algun hereje ó de algun nigromante! Para completar la ilusión ví sobre un diván dos gatos negros cuyos ojos brillaban de un modo siniestro. Una lámpara colgada del techo iluminaba la estancia débilmente.

—Si al ménos viniera Rafael, pensé, él me animaría con su presencia.

Pero el amigo del dueño del Castillo negro no tuvo á bien hacerse presente aquella noche. La tempestad que había cesado, empezó más fuerte y más temible á las tres de la madrugada y no tenía esperanzas de que el tiempo mejorase, porque veía lo bajo que estaba un barómetro colocado cerca de Mesmer. Mi padre dormía, yo velaba y no te ocultaré que en aquel instante no era el valor la cualidad que me dominaba. Temblaba sin saber porqué; pero pronto estuvo justificado mi miedo. De repente se abrió la puerta que tenía enfrente de mí y apareció en su dintel una sombra blanca. Era una mujer ó una aparición jóven y bellísima, rubia, de ojos garzos y tez sonrosada. Su elevada estatura y su talle esbelto, me agradaban y me im-

ponían á la vez. Se acercó á una puertecita que estaba cubierta con una cortina y en la que no me habia fijado hasta entónces, y golpeó repetidas veces en ella.

—¡Eugenio, Eugenio! exclamó, aquí me tienes, ya puedes venir.

—Voy, respondió una voz, deja que abra.

La puerta debia estar cerrada con llave; era más fuerte de lo que parecia, porque resistió á los golpes que daban en ella por uno y otro lado.

Nuestro salvador entró precipitadamente en el despacho, cogió de un brazo á la mujer, la miró fijamente y la dijo con imperio:

—Vete.

La sombra bajó con sumision la cabeza y desapareció. En la habitacion contigua se oyó un ruido que lo mismo podia ser el grito de un sér humano que el ahullido de una fiera y todo quedó luego en silencio.

El jóven me rió porque no me habia acostado, se acercó á mi padre que se habia despertado, ató otra vez su vendaje, y se marchó despues de recomendarme que estuviera tranquila.

Al amanecer me dormí rendida por el sueño y el cansancio y no me desperté hasta que, ya muy entrado el día nos pidió permiso para pasar nuestro salvador. Curó á mi padre y le aconsejó que no se levantara. Allí mismo nos sirvió el almuerzo

un criado viejo, tan sério y tan taciturno como su amo. Este nos dijo que habia enviado á Francisco á casa para que tranquilizase á todos los que nos aguardasen en ella, haciéndoles saber que tardaríamos poco en volver. Con el muchacho llegó luego Gertrudis, que con gran prevision me llevó algunos efectos indispensables, me peinó, y cuando se disponía á partir, el dueño del Castillo negro le mandó que se quedase conmigo porque, segun dijo, él no tenía más que una sirvienta poco acostumbrada á cuidar de persona tan distinguida como yo. Me alegré de aquella determinacion, porque Gertrudis no me dejaría sola un instante, dormiría en mi propia alcoba, nos encerraríamos juntas, y así no abrigaria los temores que me asaltaron la noche anterior.

Apénas supo Rafael lo que habia ocurrido, se presentó en el castillo, se informó con la mayor solicitud de los detalles de aquel accidente desagradable y se mostró más afectuoso con mi padre y conmigo que de costumbre. Hubiese querido hacerle mil preguntas, pero el desconocido permaneció el tiempo que duró la visita con nosotros y no me fué posible averiguar nada sobre él. Aquella noche nos dijo nuestro salvador que era médico y que se llamaba Lázaro.

Dejé á mi padre sólo, me fuí á mi cuarto y me acosté. Excusado es decirte que la comida que nos

sirvió el mismo criado fué magnífica, y que mi padre y yo le hicimos perfectamente los honores.

Dormí bien, y el día 7 se repitió todo poco más ó ménos lo que te he contado del 6, incluso la visita de Rafael Losada que no temía entrar en el Castillo encantado, pero la noche... ¡ay Teresa, sólo al recordarlo me extremezco!

Sería la una, Gertrudis dormía y yo también, cuando de pronto me desperté sobresaltada. Oí ruido de precipitados pasos en el corredor, voces extrañas, entrecortadas frases, pareciéndome que hablaban un hombre y una mujer. Los nombres de Eugenio é Isabel llegaban distintamente hasta mí.

—Salgamos, dijo el acento varonil. Y los dos se alejaron.

Me eché un peinador y me asomé á la ventana. Al poco rato se abrió la puerta del castillo, y un hombre salió al campo montado en un brioso corcel llevando en sus brazos una figura blanca, en la que creí reconocer á la jóven que entró dos días ántes en el cuarto de Lázaro.

Aquellos eran sin duda los fantasmas de que habian hablado Manuela y sus amigas en casa, eso no cabe duda. Tomaron el camino del cementerio.

¡Teresa, me encontraba en un castillo encantado y su dueño no me permitía salir de él!

A la mañana siguiente, Lázaro estaba más pálido que de costumbre y me pareció algo fatigado.

—¿Cuándo podremos partir? le pregunté sin referirle nada de cuanto habia oido la noche anterior.

—Pronto, me respondió.

Pero el 8 y el 9 trascurrieron, y ha llegado el 10, y mi padre va estando mejor, y Lázaro afirma que todavía no podemos marcharnos.

Anoche se repitieron las voces, pero los fantasmas no salieron; Lázaro los debió encerrar y oí, ¿quieres creerlo? que los amenazaba con un palo si no le obedecian. Este hombre me causa verdadero horror, y he decidido escribir á Rafael contándole lo que ocurre para que nos saque de aquí; no sé cómo le daré la carta sin que su amigo lo vea, pero es preciso que se la entregue. En cuanto lo haga tendrás noticias mías.

Adios, escribe pronto á tu afectísima,

SUSANA.

#### IV.

15 de Agosto.

El día 12 salí por fin del terrible castillo, mi querida Teresa. Gertrudis fué el 11 por la mañana á la ciudad á echar mi carta para tí al correo y á casa de Losada á llevar unas líneas mías á Rafael en las que le participaba que estaba muerta de miedo y le pedía que por Dios me sacase de allí. Le rogaba disculpase mi atrevimiento y que nada dijese á su amigo respecto á las noticias que le daba. Mi padre no supo mi determinacion porque temí que me prohibiese escribir á Losada.

Aquella tarde no fué Rafael, y Lázaro me dijo que aquel estaba de caza con varios compañeros en los alrededores del castillo. Tenía yo forzosamente que pasar otra noche allí y ¡qué noche, Dios santo! ¡Qué tranquilas fueron las otras en comparacion de ésta!

Mi padre dormía en una habitacion contigua á la mia y ántes de acostarme, pues aunque ya sería la una no lo había hecho, mandé á Gertrudis á ver si se le ocurría á mi enfermo alguna cosa. La doncella dejó abierta la puerta y fué á cumplir mi

órden. Yo estaba sentada delante de una mesa, pensando no sé en qué, y á pesar de que oí leve rumor de pasos, no me moví hasta que escuché una voz que decía:

—Señorita...

Me volví y me hallé junto á Lázaro que me contemplaba fijamente. Iba mejor vestido que de costumbre, pero no estaba tan hermoso; encontré su figura algo variada, más brillo en sus ojos y ménos amargura en la expresion de su boca. Se sentó á mi lado y me habló de este modo:

—Me alegro mucho de encontrarla á solas; hace dias que deseo expresarle lo que siente mi corazon; desde que ví á usted la idolatro. ¿Quiere usted casarse conmigo? Será la sola dueña de este castillo y de los jardines que le rodean, le daré preciosas joyas con rica pedrería, vestidos de las mejores telas, flores y pájaros para su recreo, coches y caballos, todo lo que pueda desear. Será usted la más seductora castellana que se haya visto en tiempos remotos y modernos y yo su esclavo más rendido. ¿No me cree usted? Si lo duda y me rechaza me mataré, sí, me mataré porque no puedo vivir sin su amor que es mi dicha, mi anhelo y mi esperanza. ¿Quiere usted que se lo repita de rodillas?

—Caballero, le contesté, ruego á usted que no





me haga temible su hospitalidad que agradezco con toda mi alma, y que se marche.

—¿Que me marche? repitió, contigo sí, alma mía. El sacerdote nos aguarda en la antigua capilla, ven á que celebremos nuestra union.

Se arrodilló á mis piés, cojió mi mano y la besó con frenesí.

—Déjeme usted, grité.

—¿Que te deje? Antes cesarán de brillar para siempre en el cielo la luna y las estrellas que lo-gres apartarme de tí.

—Usted está loco, exclamé.

Nunca hubiera dicho tal cosa; Lázaro se levantó en ademán amenazador, me tomó en sus brazos, fijó en mí una mirada sombría y se dirigió hácia la puerta.

—Allá fuera me repetirás que estoy loco, murmuró.

Forcejeé, pero en balde por que él me oprimía cada vez más y me sacó al corredor. Me creí perdida sin remedio, sentí un desvanecimiento que me quitaba toda acción y por último quedé sin sentido.

Cuando volví en mí, me hallaba acostada y Gertrudis velaba junto á mi lecho.

—¿Dónde estabas, le pregunté con severidad, que no acudías á mis voces?

—Cuando usted me mandó á ver al señor, contestó la muchacha, se encontraba con algun desa-

sosiego y me pidió una taza de té, fuí á hacerlo y como esta casa es tan grande y los criados estaban acostados, tardé un rato en buscar lo que deseaba y en llevar al señor lo que quería. Al pasar por el corredor, el dueño del castillo la sostenía á usted en sus brazos y me dijo con su dulzura habitual: «Tu señora se ha puesto mala, acuéstala y dale cuando vuelva en sí una bebida que voy á preparar.» Dejó á usted sobre su cama y mientras se fué, la desnudé. Volvió, me dió una taza con un líquido y desapareció en seguida.

—¿Pero mi padre tampoco me oyó?

—Su señor padre asegura que casi todas las noches oye los lamentos de una mujer y que no hace caso de ellos; eso le habrá pasado hoy.

Imposible hubiera sido que permaneciese una noche más allí. Felizmente en la tarde del día 12 llegó Rafael con un coche y dijo que iba en busca nuestra para llevarnos á casa. Contra lo que yo esperaba Lázaro no se opuso y más bien pareció alegrarse de nuestra partida. Le dirigimos algunas frases de gratitud, mi padre con espontaneidad, yo con temor, y salimos del castillo encantado. Ya en el coche dí en voz baja á Rafael las gracias por su condescendencia.

—No puede usted imaginar lo que ayer me sucedió, le dije.

—Lo sé, me contestó.

—¿Quién se lo ha dicho á usted?

—Lázaro.

—¿Cómo, él?

—Sí, ya explicaré á usted muchas cosas.

—¿Cuándo?

—Lázaro me ha rogado que vaya á pasar unos días en su castillo y durante ellos no me será posible tener el gusto de visitar á ustedes, pero despues, á mi vuelta, referiré á usted sólo la historia de mi desgraciado compañero y no dudo que conoverá su generoso corazon.

No hablamos más hasta que bajamos del carruaje. Entónces Rafael tuvo ocasion de decirme cuanto habia agradecido la prueba de confianza que le habia dado al pensar en él en un trance apurado de mi vida.

Mi padre no sabe lo que ocurrió en el castillo y piensa visitar á Lázaro en breve para probarle su gratitud. Inútil es decirte que no le acompañaré.

En cuanto Rafael me refiera la historia me apresuraré á contártela, pues aunque sea un secreto, tú eres discreta y más callada que una tumba. Espera muy pronto noticias mías.

Te quiere mucho tu mejor amiga,

SUSANA.

## V.

### CARTAS DE LUISA Á SU AMIGA TERESA.

15 de Agosto.

¡Cuánto tiempo sin escribirme Luisa! habrás dicho al ver mi prolongado silencio, pero aseguro ántes de saberlo que con tu bondad acostumbrada me has perdonado. Mi dulce Teresa, tengo que contarte muchas cosas y acusarme de ciertos pecadillos que pesan sobre mi conciencia y que tú reprocharás sin duda. Podria callarlos porque no he de volver al colegio, pero á tí, la mejor de las mujeres buenas, no se te debe ocultar nada.

Me parece que te estoy viendo el día en que nos dimos el postrer adios, tú, Susana y yo, las tres inseparables, como nos llamaba la hermana Justa. Susana soñaba con los placeres del gran mundo, tú con la retirada vida del claustro, yo... con la desgraciá que me aguardaba al salir de allí.

Teresa, os he engañado á tí y á Susana. Cuando escuchaba á nuestra amiga, cuando comprendia que habia nacido en la clase más elevada de la sociedad, al saber que tú gozabas de una regular fortuna y que tus padres fueron honradas personas

de la clase media, no me atrevia á declararos que los míos eran pobres y nacidos de humildes menestrales. Sin duda extrañarás ahora mi permanencia durante seis años en el colegio. Hé aquí la explicacion de esto. No sabia entónces por qué causa política tuvo mi padre que emigrar: era viudo y vivia con su madre y mis dos hermanitas menores. La Providencia habia hecho que me diesen al nacer una madrina rica é ilustre.—«Pedro, dijo á mi padre, parte tranquilo, yo me hago cargo de tu hija.» Y me hizo entrar en un colegio. Ausente de la ciudad mi madrina, por eso no vísteis jamás llegar á aquella santa casa ni una persona que al parecer se interesase por mí. Sabes la educacion que me han dado; es de gran lucimiento para un salon, pero no me sirve de nada en mi casa.

Hace dos meses que mi padre regresó á este pueblo y en una carta me mandó llamar. Fué el venerable sacerdote del lugar en mi busca, me despedí llorando de vosotras y partí. Mi corazon se oprimia angustiosamente; desde la edad de once años no habia visto á mi familia, ella tampoco me conocía, íbamos á tratarnos como extraños los unos á los otros.

¡Qué pueblo tan feo, Teresa! Pobres casas de tierra, una iglesia pequeña y oscura, jardines de árboles raquíticos, por la falta de riego, y de flores místicas; hombres y mujeres cubiertos de harapos,

niños medio desnudos jugando entre los cerdos, los pollos y las gallinas. Al ver aquel cuadro no pude ménos de llorar.

—Hija, me dijo el párroco, resignacion, no es esto tan malo como parece; en todas partes se halla algo hermoso si se busca con buena voluntad. Han hecho mal, muy mal, en hacer á usted salir de su esfera, ¿si usted nació para campesina á qué educarla como á ilustre dama? Tiene usted un padre cariñoso, una abuela honrada, dos hermanas piadosas y bellas; las pobres niñas no saben siquiera leer, pero bendicen á Dios y acatan sus leyes. Sea usted una segunda madre para ellas.

Enjuagué mis ojos y bajé con el cura del infernal vehículo que nos habia llevado á la puerta de mi propia casa. Salió la familia á recibirme y apenas me reconoció. Mi padre, bastante aviejado, usaba traje de labriego, mi abuela el de la más humilde labradora, mis hermanas, preciosas criaturas de once y trece años, unas faldas llenas de remiendos y de rotos y unas chambras no menos estropeadas y súcias. Ninguna de las dos tenía zapatos ni medias. Ambas están bastante bajas para su edad; la mayor no representa más de diez ú once años y ocho la más pequeña, tienen el cabello castaño, los ojos azules, la tez blanca, pero algo curtida, la nariz de forma más graciosa que correcta, la boca

un poco grande, pero de franca expresion. Se llaman Antonia y Maria.

Pasé á la casa... ¡Dios mio, qué casa! Cuatro habitaciones pequeñas y mal ventiladas y una bohardilla á la que se sube por una ruinosá escalera. La cocina está á la entrada, á la derecha hay una alcoba con un catre y un colchon para la abuela, en la que apénas cabe una cama, enfrente otra alcoba para las dos niñas que duermen sobre un tablado en un jergon y al lado otra, que ántes era de mi padre y ahora me destinan á mí, pues él ha puesto su pobre lecho en la bohardilla. Después de tanta miseria, mi cuarto me pareció un palacio. Hay en él un jergon y colchon con blancas sábanas y colcha de percal, una silla con asiento de paja, una cómoda antigua y monumental, sobre ella un niño Jesus de barro, dos candeleros de laton y una cestita con flores artificiales, todo colocado con arte y sencillez. No cabe nada más en la pieza, que tiene una ventana con vistas á un jardin, cubiertos sus cristales por verdes cortinillas.

—Niña, me dijo la abuela, sé que no estarás aquí tan bien como en tu colegio, pero tus hermanas han hecho lo posible porque tu cuarto sea el más bello y agradable de la casa, pues ellas se contentan con poco. Tu madrina te ha señalado una pensión para mientras vivas y con esto iremos pa-

sando hasta que tu padre encuentre trabajo, cosa difícil porque como es forastero, en el pueblo le miran con mala cara; tenemos además muchas deudas que pagar y espero de tu buena alma que te conformes á vivir en la miseria como nosotras y que no te avergüences de tu familia.

La abracé haciendo lo posible por no llorar.

Por la tarde llegó mi equipaje encerrado en un baul que colocó mi padre en la bohardilla, después que guardé mis efectos en la cómoda. Dí algunas cositas á mis hermanas y les prometí hacerles un vestido á cada una con los que yo tenía. No saben tampoco coser. ¡Pobres criaturas en qué ignorancia viven!

No te contaré paso á paso lo que he hecho durante el mes y medio que llevo aquí; sólo te diré en confianza que me parece esto una pesadilla de la que voy á despertar hallándome de nuevo entre vosotras. Tengo mucho más que referirte, pero es tarde, deseo echar mi carta al correo y que me contestes consolándome. Muy en breve te volveré á escribir.

Susana no sabe mi desdicha y sus cartas llegan á este oscuro rincon llenas de encantos y de felicidad. No soy envidiosa, pero sí desgraciada y no me resigno como debiera con mi suerte, pensando en la de los demás.—Tuya de corazón,

LUISA.



## VI.

21 de Agosto.

Tu carta me ha servido de gran consuelo y no quiero que pase un dia más sin participártelo, mi inolvidable Teresa. Tienes razon al reprocharme mi falta de franqueza, pero ¿qué quieres? oia decir á mis compañeras:—Yo soy hija de un título de Castilla.—Yo de un ministro.—Yo de un general.—Yo de un médico, y no tenía valor para confesar lo que era mi padre.

Susana fué la primera que me lo preguntó.

—Trabaja en las minas, contesté con sinceridad.

—Simple, querrás decir que es ingeniero, replicó riéndose.

Aquello me sonó bien y mi padre fué ingeniero.

Un dia los trabajadores de la mina se declararon en huelga incitados por un hombre que les decia que el pueblo debía ser libre y había creado un *club* al que asistían algunos centenares de trabajadores. Castigados aquellos infelices, amenazados los más revoltosos por diversos delitos algo graves con el presidio de Ceuta, mi padre logró evadirse

y se marchó á Francia donde tenía un pariente en Bayona; en su casa vivió oculto y más tarde fueron á reunírsele mi abuela y mis hermanas, dejándome sola en el colegio.

—Mi padre ha tenido que irse de España por orden del Gobierno, dije á Susana.

—¡Ah! ¿está emigrado?

Y hé aquí por qué fué un ingeniero emigrado mi padre.

No me he atrevido, á pesar de tus consejos, á declarar la verdad á nuestra amiga, no hemos de vernos más, la correspondencia con ella no será eterna cual contigo y me considerará siempre como si fuera su igual. Déjame vivir feliz á los ojos de Susana.

A veces pienso en ser religiosa, pero no tengo vocacion y además hago falta á mi familia; una anciana y dos niñas pueden poco para sostenerla y la pension que mi madrina me dá se convertiria en mi dote de monja.

Mi padre ha fijado su residencia en este pueblo donde nació mi madre, porque aquí nadie le conoce y no le pueden delatar, pero no se atreve á pedir trabajo porque no tiene quien responda de él y teme que se lo nieguen. Del dinero que envia mi madrina manda la mitad al primo que le dió albergue durante seis años y con el resto vivimos más que modestamente. La abuela guisa, las niñas

lavan, friegan y barren la casa y en el tiempo que les queda libre aprenden conmigo á leer y á hacer labores. En cuanto á mi... ¿Cómo venceré esta vergüenza que no puedo desechar ni aún contigo? Mi pluma, ó más bien mi orgullo, se resiste á trazar lo que en vez de rebajarme ha de elevarme á tus ojos. No, no más dudas, Teresa, ahí tienes la verdad desnuda. Querida amiga, tu antigua compañera vá todos los días con un cántaro por agua á la fuente porque es muy pesado para los tres pobres seres de la casa; ni la anciana ni las tiernas criaturas pueden cargar con él. También ayudo un poco á hacer otras humildes faenas y mis manos, ántes finas y cuidadas como las de una señorita, empiezan á curtirse. No uso ya más que pobres vestidos de percal, y solo de mis trajes de colegiala, conservo uno negro para llevarlo á misa los días de fiesta, habiendo arreglado los restantes para María y Antonia que están muy lindas con ellos.

No vivo contenta, pero sí resignada; únicamente lamento que me hayan elevado tanto durante seis años para hacerme luego caer desde mayor altura.

Mi familia no visita á nadie, por las noches sacamos sillas á la puerta de casa para sentarnos las cuatro en la calle; mi padre se marcha no sé donde ni se lo pregunto, porque su carácter taciturno

y receloso no inspira confianza. Pasan escasos transeuntes por delante de nosotras, nos saludan friamente, les contestamos lo mismo y se alejan sin dejarnos su recuerdo ni llevarse el nuestro.

Una distracción tengo aquí que no te quiero callar. Dá la ventana de mi alcoba á una calle muy estrecha formada por un lado por la tapia de un jardín bello y frondoso que hace singular contraste con los otros de este lugar. Enfrente está la puerta de hierro y se descubre una hermosa plazoleta rodeada de castaños y acacias en cuyo centro hay una fuente adornada con macetas de ricas y pintadas flores. Más lejos se divisa la casa, que puede llamarse aquí palacio, y pertenece al conde de R... que la habita los tres meses del estío. El conde tiene varios huéspedes que cazan dentro de su posesión, que es muy extensa, y entre ellos conozco en particular á uno cuyo nombre ignoro, pero al que veo diariamente porque pasa las mañanas sentado junto á la verja con un libro en la mano, en el que apenas lee. Es muy joven, tendrá de veinte á veintidos años, el cabello rubio, los ojos claros, de melancólica expresión, es blanco, pálido, con naciente bigote, de alta y gallarda estatura, de porte elegante, aunque viste con sencillez. Los criados y guardas le tratan con respeto, el amo de la casa con cariño, los demas con afecto.

Sin hacerme necias ilusiones, te diré que no

aparta los ojos de mi ventana que he adornado con claveles, un rosal, campanillas blancas ó azules y albahaca, y me mira con más pena que curiosidad. Nos conocemos y creo que nuestras almas se comprenden. Si alguna mañana tardo en asomarme porque mis quehaceres me lo impiden, estoy triste y contrariada y se me figura que él también lo está. Quizás es este otro de mis sueños, él será noble y yo no lo soy, él será feliz, yo desgraciada, mi posición, mi nacimiento, mi familia, me separarán para siempre de cualquier hombre á quien pudiese amar.

Hace pocos días estaba contenta y me puse á cantar; mi abuela sorprendida entró en mi cuarto y me abrazó.

—Cuánto me alegra verte dichosa, hija mía, me dijo.

Ahora me oye cantar diariamente porque mi desconocido se levanta para escucharme, apoya los brazos en la reja y permanece así todo el tiempo que estoy en mi cuarto. No me riñas por estas quimeras, amiga, son un dulce sueño del que no deseo despertar, porque el día en que despierte el mundo puede hacerme insoportable.

Adios, Teresa, hasta muy pronto. Tuya,

LUISA.

## VII.

28 de Agosto.

No te quejarás ahora de mí; te escribo con una frecuencia que quizá te moleste, pero mi corazón necesita desahogarse contigo, que á nadie sino á tí puedo participar mis aspiraciones, mis locuras y mis deseos.

Todo sigue igual á mi alrededor, mi buena amiga, nuestra vida no ha variado en nada durante estos días y, sin embargo, á mí me parece que ha habido en ella un cambio total.

Anteayer iba yo á la fuente, como de costumbre, con mi cántaro apoyado en la cadera y sin fijarme en los seres que pasaban junto á mí. Era muy de mañana y no había nadie en el campo donde brota puro y cristalino manantial. Me disponía á llenar mi cántaro, cuando un acento varonil dijo á mi lado:

—¿Puede usted, mi hermosa Rebeca, darme de beber?

Me volví sobresaltada, mis manos temblaron y solté el cántaro, que se rompió al chocar contra las duras piedras. Ví de pié y mirándome con

atencion á mi desconocido, que sin duda habia espiado mi salida y me aguardaba.

—¿Se ha turbado usted, mi bella niña? me preguntó. Así como ha roto ahora esa vasija, ha hecho pedazos mi corazon con su desvío, que de barro es tambien el hombre y muere á manos de las mujeres.

Esta declaracion, que confieso que en el colegio hubiéramos hallado de mal gusto, sonó dulce y encantadora en mis oidos.

—¿Cómo se llama usted?

—Luisa, contesté, ¿y usted?

—Alberto.

Miré mi cántaro por mirar algo que no fuese á él.

—¿Siente usted haberlo roto? me dijo.

—No.

—¿Puede usted comprar otro sin provocar el enojo de padres, hermanos ó quien guarde á usted en su torre?

—Sí señor.

—¿Con quién vive usted?

—Con un padre triste y desgraciado, con una abuela anciana y con dos hermanas niñas.

—¿Nadie más?

—Nadie más.

—¿Con qué sueña usted?

—Con nada, respondí amargamente.

—¿No tiene usted novio?

—No.

—Pues ámeme usted á mí.

Su osadía me incomodaba; él debió comprenderlo, porque varió súbitamente de tono y me dijo con la timidez de un niño:

—Luisa, perdóneme usted, queria convencerme de lo que ya sospechaba, que no es usted una mujer vulgar. Yo la adoro desde el primer dia que la ví asomada á su ventana; me pareció usted en aquel marco adornado de purpurinas rosas, esbeltas campanillas y verde ramaje...

—¿La diosa Flora? le interrumpí sonriendo.

—¡Ah! exclamó con verdadera sorpresa, ¿sabe mi hermosa ninfa mitología?

—Un poco.

—¿No la habrá aprendido en el pueblo?

—No.

—Como tampoco esas canciones que me dejan mudo y absorto cuando las escucho. ¿Qué título tiene una de dulce y melancólica expresion que canta casi todos los dias?

—*Les plaintes d'une jeune fille*, le contesté.

—¡Ah! dijo más admirado todavía, ¿mi bella Circe, mi encantadora maga, sabe tambien francés? ¡Qué pronunciacion tan correcta! Luisa, usted me asombra, me fascina, hay algo sobrenatural en su hermosura, en sus maneras, en su len-



guaje. Usted es digna de ser adorada por persona que valga más que yo. ¿Es acaso alguna princesa disfrazada que oculta entre mendigos su nombre y su fortuna? Esas divinas manos se han formado para tocar el piano ó el arpa, nó para trabajos rudos... ¿Toca usted?

—Un poco el piano.

—¿Tambien eso?

—Sí señor.

Gozaba viendo su asombro y no quise aclararle nada. Entre tanto iba haciéndose tarde, mi familia aguardaba el agua y yo no tenía cántaro siquiera. Le dije que no podia continuar allí, se brindó á acompañarme y no acepté.

—No me marchó sin saber si usted me ama, murmuró.

—Hoy, balbuceé, no puedo... despues...

—Bien, esta tarde iré por la respuesta. Si corresponde á mis sentimientos, arroje una rosa á la calle; si no, deshójela y que se lleve sus marchitos pétalos el viento.

Me decía esto sonriendo tristemente, pero yo comprendí que fingia y que adivinaba en mi turbacion que no sería desatendida su súplica.

Aquella tarde tiré á la calle una flor que cojió Alberto llevándola con pasion á sus labios.

Ayer le ví, hoy tambien, primero cerca de la

fuelle, donde me habla, despues desde el jardín donde me mira. ¡Si esto durase eternamente, qué dichosa sería yo, Teresa!

¿Crees que al fin lograré alcanzar la felicidad en la tierra?

LUISA.

## VIII.

3 de Setiembre.

He tenido un grave disgusto, mi queridísima Teresa, que deseo comunicarte. No se trata de Alberto, este sigue siendo bueno, amable y cariñoso para mí; le veo varias veces al día porque está constantemente en el jardín y yo me asomo siempre que puedo á la ventana, junto á ella coso, junto á ella escribo y al lado de ella leo. Ahora mismo se halla detrás de la verja trazando distraido caractéres en la arena con su baston y mirándome á cada instante sonriendo.

Anoche estaba sentada á la puerta de la calle, como de costumbre. Mi abuela contaba una historia á María que apoyaba los brazos sobre las rodillas de la anciana, Antonia dormía recostada la linda cabeza en mi falda y yo pensaba en Alberto.

Hay en la esquina de la casa de enfrente que da á un callejon sin salida, una taberna á la que concurren casi todos los hombres del pueblo. Continuas voces, gritos de reyertas llegan hasta nosotras y aquella algarabía infernal no logra ya ni

distraernos ni fijar nuestra atencion siquiera. Anoche era tan fuerte que no pude ménos de escuchar los desentonados acentos que decian:

—¡Habrased visto el borracho que no sólo no paga lo que consume, sino que aún viene á disputar con los demas!

—Es un vago de profesion.

—Aseguran que ha estado en presidio.

—Por ladron.

—Por homicida.

Y á esto seguian las palabras más soeces.

—Echa mano á la navaja á ver si pruebas así lo que afirmas con la lengua. Aquí te aguardamos para recibirte.

—Ha perdido en el juego 30 reales y lo niega.

—Si tiene que arrimarse á la pared para no dar de hocicos en el suelo.

Sonó despues el ruido de una lucha, oí algo de sangre, un hombre salió huyendo de la taberna, era el agresor, era... ¡mi padre!

Mortal angustia se apoderó de mí, entré en mi casa y me dejé caer sin aliento en una silla. Cuando quise informarme de lo ocurrido, borrada aquella horrible primera impresion, hallé á mi lado á mi abuela y á mis hermanas que me prodigaban tiernísimos cuidados. Alberto me miraba desde la puerta.

—¡Padre, padre! exclamé con angustia.

El jóven se aproximó entónces y me dijo:

—Nada tema usted, todos se han aplacado y su padre no corre peligro ninguno.

¡Que vergüenza, Dios mio, él se habia enterado de todo! Sin embargo, debo hacerle la justicia de que estuvo conmigo igual que de costumbre.

—Traiga usted agua, dijo á la anciana.

—No la hay, contestó viendo el cántaro vacío, pero iré á buscarla á casa de alguna vecina.

Y se alejó.

—Niñas, ordenó á mis hermanas, id á ver si vuestro padre quiere algo.

Subieron á la bohardilla y me quedé sola con Alberto.

—Luisa, murmuró, y sus labios casi rozaban mi oído, tú no debes permanecer aquí; vente conmigo, yo te haré libre, feliz y poderosa, porque te amo más que á mi vida y no puedo contemplar á sangre fría tus sufrimientos. Mi familia me manda que regrese en breve á Madrid, soy estudiante, y debo examinarme para terminar la carrera de leyes, pero tengo allí casa que nada tiene que ver con la de mis padres. Es un nido formado para dos amantes dichosos. Nuestra existencia en él será un edén, no habrá penas, desgracias, ni contrariedades. Serás mi reina, mi diosa, todo lo que desees, pero huye conmigo, no puedo estar ni un instante sin tí. Tu

abuela vuelve, contéstame ántes si me seguirás, Luisa.

No sé lo que iba á responderle, quizás en aquel momento comparé las bellezas de la vida que me pintaba con mis desdichas presentes y futuras y estaba dispuesta á complacerle; luego me avergoncé de mi debilidad y tuve miedo de mí misma.

Teresa, este hombre es enviado sin duda por mi ángel malo para hacerme caer al insondable abismo del vicio, pero sabré luchar y espero que saldré vencedora.

Por Dios, amiga del alma, no me prives de tus consejos, que ahora más que nunca los necesita,

LUISA.

mete una vida llena de amor y de placeres, pero es necesario que mi virtud triunfe, que los sanos consejos que durante seis años recibí de las venerables madres del convento no hayan sido completamente estériles, que sea digna de tu amistad y de la estimación de los hombres.

Teresa, no me abandones, y escribe con frecuencia á tu desgraciada,

LUISA.

## IX.

8 de Setiembre

Dentro de cuatro dias se marcha Alberto, acaba de decírmelo repitiendo sus seductoras frases y sus promesas. Temo y vacilo, pero cuando esto me sucede leo tus cartas y hallo la fortaleza que me falta. Sola, sin una mano esperta que me guíe, viendo el mal cubierto de brillantes flores y el bien de punzadoras espinas, me es muy difícil resistir á los peligros que me rodean.

Tengo cariño á mi padre, pero en vano busco alrededor de su cabeza esa aureola de santidad y de respeto que debiera hallar en un hombre de sus años; para olvidar las penas se embriaga, disputa con todos y no siempre tendré á mi lado á Alberto para que le defienda. No quiero avergonzarme de ser su hija, eso sería horrible. ¡Dios mio! ¿por qué me habrán separado de él en mi infancia para que perdiese el recuerdo de la pasada miseria, el afecto que á la familia se debe y la consideración de personas que un día me creyeron su igual? ¡Si al ménos pudiese vivir aquí tranquila! Alberto me incita constantemente á que huya con él, me pro-

## X.

SUSANA Á TERESA.

12 de Setiembre.

Te prometí, mi querida amiga, en mi última carta escribirte muy pronto y se ha pasado casi un mes sin que hayas sabido de mí. He hecho durante este tiempo la misma vida que al principio del verano, sin más diferencia que haber ido algunos días á pasarlos en el campo almorzando ó merendando allí con la familia de Losada y otros amigos. Hemos evitado cuidadosamente frecuentar los alrededores del Castillo negro al que mi padre ha ido dos veces sin haber logrado ser recibido por Lázaro, que al parecer no se hallaba en su sombría morada. Creo que con esto se dé mi padre por contento y que no vuelva á visitarle.

Sospecho que á Manuela no le es indiferente Lázaro, al que solo conoce de vista, y que algo bueno diera la romántica jóven por que él la amase.

Rafael no demuestra preferencia por ninguna de nosotras y á pesar de la franqueza que despues

de lo ocurrido en el castillo debiera mediar entre los dos, me trata siempre con afecto, pero se retrae algo de venir á casa. Aún no me ha contado la historia de Lázaro y cuando hallo ocasion de pedirle que me la refiera, me contesta:

—Hoy no hay tiempo. Quedó usted comprometida anoche á tocar la fantasía de Norma y el wals de Strauss que le gusta á mi padre, y yo tengo que cantar y hacer versos á Enriqueta, Angela y Joaquina.

Otras veces el pretexto es que es tarde y tenemos que acostarnos temprano para madrugar al dia siguiente, y otras que hay varios jóvenes que desean sostener conversacion conmigo y á él no le gusta molestar.

Pepito en cambio goza en acompañarme á todas partes y es mi caballero cuando el camino por donde vamos es desigual é incómodo; él me dá el brazo, aparta las piedras, las ramas que me molestan, coje flores con las que me forma artísticos ramilletes, me proporciona agua cuando tengo sed, frutas si las deseo; es un buen chico.

¡Lástima que en lugar de Pepito no sea Rafael el que haga todo eso!

Cuantas muchachas le conocen tienen versos suyos ménos yo, ¿será un desprecio ó un olvido? Rafael me parece tan enigmático como Lázaro. Pepito no conoce á fondo á su hermano; lo único

que de él he podido sacar es que estudia para médico, que es rico porque un tío le dejó por heredero de sus bienes, noble de nacimiento y excelente hijo. A Manuela y á Pepe los quiere también con ternura. Pronto debe regresar á Madrid mientras su familia continuará habitando estos lugares. Nosotros no sé cuando nos marcharemos, lo que me ha dicho mi padre positivamente es que no volveré al colegio. ¡Ya es tiempo! Tú monja y Luisa ausente, ¿qué voy á hacerme allí? A propósito de Luisa ¿quieres creer que no me ha escrito? No puedo sospechar que sea por ingratitud y estoy con cuidado porque tenía una salud delicada y quizás el cambio de vida le sea perjudicial. Habrá ido á veranear á algun país agradable, aunque no hallo en el mapa el pueblo donde está, allí se acostará tarde, bailará, se divertirá mucho y á ella más le convendría una existencia tranquila que agitada. Recuerdo que desde muy niña no podía sufrir ninguna impresion fuerte. Si tú por casualidad sabes de nuestra amiga, escríbemelo.

Casi voy á sentir abandonar esta tierra á la que llegué tan contrariada; no hay duda de que aquí se pasa muy bien. Quizá fijaremos luego nuestra residencia en la córte. A Losada no le faltan más que algunos meses para terminar su carrera y ha decidido entónces venirse á vivir aquí. De seguro le gusta una de estas jóvenes, ¿pero cuál? Un día

se lo pregunté y me contestó que en efecto, estaba enamorado, pero que la mujer que adoraba no se hallaba en este pueblo y que por huir de ella se venia á él; me parece imposible; lo único que sé de cierto es que no soy yo.

No te rias de mí, Teresa, y quiéreme con tanta sinceridad como á tí tu afectísima,

SUSANA.

## XI.

23 de Setiembre.

Ayer, mi querida Teresa, me contó Rafael la historia de su amigo Lázaro, pero ántes de referírtela debo contestar á tu carta que esta mañana me entregaron. Te engañas al suponer que amo al hijo mayor de Losada; me ha impresionado algo, pero nada más; en cuanto se aleje no volveré á acordarme de él, estoy segurísima. Y se marchará muy pronto, el día 30, no puede detenerse ni uno más aquí. Es cierto que él anima nuestras veladas, que ninguno canta, baila ó recita como él, pero no es indispensable, y las reuniones seguirán su curso acostumbrado aunque se marche uno de los individuos que las componen.

Siento que Luisa sea desgraciada, ¿pero por qué tú y ella me callais sus desdichas? Aunque soy algo frívola, sé sufrir por los que quiero, sé consolarlos y quizá hasta dar un saludable consejo. Si desde el 8 del corriente te han faltado noticias tuyas es que estará enferma, puesto que tú más feliz que yo, has sabido de ella con frecuencia. ¡Pobre Luisa! tal vez más nos valiera á las dos no

haber salido del colegio, oír las reprimendas de las monjas cuando hacíamos alguna travesura, en la que jamás tomabas parte, rezar á todas horas y no ver más que tocas negras y blancas. Pero no debo quejarme de mi suerte, pues tengo cuanto es necesario para vivir dichosa, y si no lo soy, no es por culpa de mi buen padre.

Anoche me paseaba sola por el jardín de casa cuando llegó Rafael más temprano que de costumbre. Me dió la mano, y me dijo:

—Mi familia vendrá luego. ¿Sabe usted que he descubierto una cosa?

—¿Cuál?

—Que mi hermano Pepe está enamorado como un loco de usted.

No pude ménos de echarme á reír.

—Tómelo usted en sério, prosiguió, es una desgracia para él y para alguien más.

—¡Vaya! exclamé. ¡Pepito enamorado de mí, y yo, torpe, sin saberlo!

—Las mujeres no aciertan siempre á distinguir la verdad de estas pasiones; las ven donde no existen y no las descubren donde realmente se hallan.

Creí que lo decia imaginando que le suponía enamorado de mí y me apresuré á tranquilizarle.

—Yo, repliqué, no me he figurado nunca inspirar amor á nadie y me burlo de esos séres jactanciosos que creen enamorar á cuantos los miran.



Pero ¿en qué se funda usted para sospechar que Pepito?...

—En todo, me interrumpió. Desde que usted vino, mi hermano no vive ni sosiega, el sueño y el apetito han huido de él, es un autómeta hasta que llega la hora de visitar á ustedes; cuida más de su persona, hace cuanto sabe que á usted le agrada; en fin, hoy le he dicho por la mañana que usted se marchará pronto á la córte y despues le vi llorando como un niño.

El amor de Pepito no me conmovia lo que hubiese deseado, Rafael lo comprendió así, temió que el asunto de que se trataba pudiera serme enojoso y cambió la conversacion.

—¡Qué bonitas vistas tendrá esa torre! exclamó señalando la que se eleva en uno de los ángulos del jardín.

—¿Quiere usted verla? le pregunté.

—Con mucho gusto.

Entré al punto en ella, él me siguió, subimos á lo más alto y nos asomamos á una ventana. Ya te he dicho que desde allí se divisa el bosque. La noche estaba oscura, algunas gotas de lluvia descendían de las nubes como si llorasen la ausencia de la luna. Cerca de la tapia de mi jardín, estaban dos hombres, uno viejo y otro jóven, y á la luz de un farol que llevaba el primero, creí reconocer en el segundo á Lázaro.

—El hombre del Castillo negro, dije á Rafael, Lázaro.

—Lázaro no, replicó.

—¿No se llama así?

—Ese no es Lázaro.

—¿Pues quién es?

—Bernardo.

Le miré con sorpresa y Rafael prosiguió:

—Repito á usted que ese jóven no es mi amigo, aunque se parece bastante á él. Luego referiré á usted su historia y se convencerá de la verdad de mis palabras.

Bernardo, puesto que así le habian nombrado se paseaba lentamente pisando con fuerza las hojas que empezaban á desprenderse de los árboles. El viejo, que debia ser un criado, le seguia. De repente alzó el jóven la cabeza, me vió y dijo:

—Allí está Isabel, siempre léjos de mí.

—La vista de una mujer causa un penoso efecto en ese desgraciado, murmuró Rafael.

—Tengo miedo, le dije, bajemos.

Me ofreció el brazo en el que me apoyé y pronto nos hallamos de nuevo en el jardín. Encontré á mi padre acompañado de un amigo, y Rafael y yo emprendimos nuestro paseo por el parque delante de los dos señores, paseo que no sé cuánto duró.

Esta es la historia del dueño del Castillo negro, tal como me la refirió Losada.



—«El padre de Lázaro, que era un abogado famoso, se casó muy joven con una hermosa doncella á la que habia tratado poco. A los ocho años de efectuarse aquel enlace tenían cuatro hijos; Lázaro, Bernardo, Margarita y otra niña. Dos meses despues de nacer esta, una noche sin causa conocida, la esposa se volvió loca y fué preciso encerrarla en una casa de dementes. El marido informó de esto á varias personas y supo entónces que la locura era un mal hereditario en aquella familia, pero que se esperaba que viviendo feliz y tranquila, la joven podria librarse de tan terrible mal, y que por esto le habian ocultado cuidadosamente la desdicha que le amenazaba. Una hermana del abogado se llevó á la niña menor y se encargó de educarla, separándola por completo de los otros niños; tenía la idea de que los males de aprension son inevitables, que aquella criatura pensando en la desventura de su raza se volveria loca tambien y que era preciso la ignorase siempre. Acaso no le faltaba razon. Crecieron los niños, el padre los rodeó de cuidados, no les negó nada jamás; pero pasó la infancia y vino la juventud con los amores, las penas y los desengaños, y la solicitud del padre no bastó á llenar el corazon de los hijos. Lázaro se enamoró de una cosa que jamás engaña, la ciencia; Bernardo de una niña de quince años llamada Isabel, Margarita de un primo suyo nombrado

Eugenio. Antes de ver realizadas las esperanzas de sus hijos, murió el abogado; su esposa habia muerto ántes.

Sucedió lo que sucede en el mundo con una tristísima frecuencia. Eugenio supo la desgracia que estaba pendiente sobre su amada y la abandonó. Margarita luchó algun tiempo con su destino y al fin se volvió loca. Más tarde tambien perdió la razon Bernardo por que yendo un día en un bote con Isabel, volcó este y la hermosa niña pereció víctima de una imprudencia de su amante. Lázaro no quiso confiar á nadie á sus desventurados hermanos, los trajo en secreto al Castillo negro, donde vive con tres servidores leales consagrados á cuidarlos. Lázaro es más infortunado que Bernardo y Margarita; no se separa de estos y si alguna vez lo hace, sus hermanos huyen y esos son los fantasmas que ven los crédulos habitantes de este lugar. Margarita se figura que Bernardo es Eugenio, y Bernardo piensa que su hermana es Isabel. El joven fué el que declaró á usted su amor aquella noche y á causa del gran parecido que tiene con su hermano y á la ignorancia en que usted estaba de que hubiese más habitantes en el castillo que su dueño, le tomó por Lázaro. Este libró á usted del poder de aquel desdichado. ¿Sabe usted de qué medio se vale mi amigo para apaciguar á sus locos? Ha estudiado á Mesmer y á sus compañeros y el mag-

netismo es para él un poderoso auxiliar. A su lado voy á aprender esa ciencia oscura y otra no ménos impenetrable, la medicina, soy discípulo de Lázaro y, aunque mucho más jóven que él, su sólo amigo. Lázaro no se cree libre de la terrible herencia de su madre, por eso me dice á veces:

—Bernardo, Margarita y yo moriremos locos, pero con nosotros acaba esta raza de dementes y no haremos nuevos infortunados porque no dejaremos descendencia que algun día pueda maldecir nuestra memoria. Quiero consumir mi juventud en este castillo maldito que compré para mi último asilo con mis bienes y los de mis dos hermanos; ven algun dia á traer un soplo de vida á mi morada, que haya bajo su techo un corazon que lata lleno de ilusiones y de ventura.

Le horroriza la vista de cualquier mujer porque no quiere enamorarse; crea usted, Susana, que si la obligó á permanecer unos días en el castillo fué porque era indispensable para la completa curacion del herido.

Falta á Lázaro un sublime consuelo, el de la religion, mi amigo no tiene creencias, en su casa no habrá usted visto nada que revele la presencia de un cristiano. Su Dios es Mesmer, su amor la ciencia en general, su consuelo la medicina. Frecuentemente se vé obligado á amenazar con crueles castigos á sus hermanos, á los que adora,

castigos que acaban por convertirse en tiernas caricias. Todo le cansa, las bellezas del campo, la soledad de su vivienda, sus libros y sus manuscritos. No sale jamás del castillo ó del bosque, pero no recibe á nadie, no quiere la gratitud de los que ha curado, ni la amistad frívola que se concede á cualquiera. Dentro de diez años, de veinte, de cuantos viva, Lázaro pensará igual que hoy porque tiene una voluntad de hierro. Cuando la ha visto á usted y no la ha amado, puede asegurarse que su alma ha cerrado para siempre las puertas al amor.

No sabía qué contestar á Rafael, jamás le había visto tan solícito conmigo. Hablé de la desgracia de su amigo, al que compadezco de veras, y luego todo acabó porque vinieron Manuela, Pepito, su padre y otras visitas y salimos de nuestro jardin para ir á la sala donde Rafael no se acercó á mí ni un instante. En toda la noche no quiso cantar.

—No me rueguen ustedes, dijo, mi corazon se parte sólo al pensar que dentro de pocos dias abandonaré á ustedes y á estos hermosos campos donde me considero tan feliz.

Noté á Pepito Losada muy taciturno, pero no quise preguntarle la causa de su pena mostrándome con él ménos cariñosa que de costumbre. ¿A qué debo alentar su pasion, si esta existe, cuando nunca le he de querer?

Teresa, ya ha terminado el estío, ya ha llegado el otoño, y puedo asegurar que no se han realizado mis temores de pasar aquí una mala temporada; hoy, por el contrario, exclamo sin cesar:

— ¡Qué lástima que se haya pasado el verano con tanta rapidez! Tuya,

SUSANA.

## XII.

30 de Setiembre.

Esta noche se vá Rafael á la córte y muy en breve me marchó yo también. Ayer al despedirse me ha declarado que me ama asegurándome que le hice profunda impresión desde el instante que me conoció, pero que había luchado mucho ántes de decírmelo porque no se conceptuaba digno de mí. Decirte que yo también le quiero es en vano porque lo habías adivinado hace tiempo; no podía ménos de suceder tratándose de un hombre de tan perfectas cualidades y siendo el primero que yo veía al salir de mi retirado convento. De esto nació su terror al considerar el amor de Pepito. Y este tal vez era verdad, pero no lo puedo creer para que en mi ventura no haya la sombra de un remordimiento. Su hermano, que ve el pesar del niño, ha resuelto, de acuerdo con Losada, que Pepito, siga la carrera militar, que se prepare para entrar en alguna de las Academias y de este modo el trato de sus compañeros, los viajes, los estudios y el cambio de aires le harán olvidar el sueño de su adolescencia. A Pepito le ha sorprendido

mucho saber que sirve para otra cosa que para labrador, pues el pobre chico, á fuerza de oírsele decir, se creia completamente inútil.

Mi padre ha acogido con júbilo el amor que por mí siente Rafael, y piensa activar la boda en cuanto vayamos á Madrid, pero de todos modos, mi casamiento no se realizará hasta fin de año. Quedan tres meses para hacer los preparativos.

¡Cuánto me entristece que tú y Luisa no podais estar ahora conmigo! ¿Sabes algo de nuestra amiga? No dejes de participármelo en tal caso; estoy inquieta por su salud.

Perdona que hoy no te escriba más largo; otro día será más extensa tu afectísima,

SUSANA.

### XIII.

LUISA Á TERESA.

20 de Octubre.

¡Ay, amiga mía, qué desgraciada soy! Todos los sueños de mi vida se desvanecen como humo; si la muerte no viene en mi auxilio arrebatándome una existencia que me abruma, á pesar de mi juventud, no sé lo que será de mí. No creo que sea posible vivir en el estado de desesperacion en que me encuentro.

Alberto partió hace un mes, y partió sin mí. El ángel bueno triunfó y hoy no ceso de dar gracias al cielo por haberme dado las fuerzas necesarias para alcanzar esa victoria. ¡Qué luchas tuve que sostener, cuántas lágrimas vertí, qué maldiciones eché sobre mi aciaga suerte! ¡Desde que él se alejó, me pareció que el mundo estaba desierto, que mi ventura huía para siempre, que el desaliento me mataba! Caí enferma, y como la casa era pequeña y las habitaciones unidas las unas con las otras, me llevaron al hospital. Dios quiere que apure el cáliz de la amargura y no lo rechazo. Es-

tuve en aquella casa, mal asistida por personas extrañas, unos ocho días, durante los cuales fué mi padre á verme una tarde, cuatro mi abuela y muchas mis hermanas. Me quedé tan débil, que no tuve fuerzas para escribirte, y aún hoy me cuesta grandísimo trabajo cojer la pluma. Sin embargo, deseo ponerte algunos renglones por si es la última vez que puedo hacerlo.

Ya no sirvo aquí para nada, no voy por agua, no limpio ni arreglo mi alcoba, me paso la vida sentada junto á la ventana, apoyados los brazos en su alfeizar y la frente en las manos, viendo el jardín del conde sin encontrar nada que me halague ni me distraiga. El jardín no parece el mismo. Montones de hojas secas, como mis ilusiones, cubren la plazoleta desprendiéndose de los gigantes árboles, la fuente gime al verse despojada de las plantas que ántes la rodearon, raras son las aves que cantan, muchas han abandonado ya sus nidos, porque el invierno se anticipa siempre en este lugar; todo es silencio, todo es tristeza.

Hasta hace tres días no se han oído allí más pasos que los del jardinero; éste, como hace frío, trabaja de prisa para marcharse pronto. Anteayer un carruaje se paró delante de la verja, un hombre bajó de él, era Alberto, y ofreció la mano para que le imitase á una mujer jóven, hermosa y ricamente vestida. Alberto no miró á mi ventana,

dió varios golpes en el suelo con su baston, el jardinero acudió entónces, abrió la puerta de hierro, entraron, y el coche se alejó para no volver.

Los celos y el desaliento se apoderaron de mi alma, quise saber lo que significaba aquello, y á la mañana siguiente cuando ví al jardinero, que barria las hojas secas, salí no sin trabajo de mi casa, me aproximé á la verja del jardín del conde y llamé al buen hombre, que se acercó al punto. Ignoro si sabía mis amores con Alberto; sospecho que no, porque al preguntarle quién habia llegado la víspera, me dijo:

—Han venido el señorito Alberto y una actriz con la que se ha fugado, buscando un refugio en la quinta de recreo de mi amo el señor conde. Pronto se cansará de la conquista; se enamora como un loco y á los ocho días no se acuerda de la que amó. Su casa de Madrid la llaman la linterna mágica, porque con frecuencia se ven detras de sus cristales diversas figuras. Sus padres no pueden sufrir su mala conducta y tiene que vivir léjos de ellos. Es un calavera, jugador y poco escrupuloso en sus acciones. Ahora le han cerrado por completo las puertas de su morada, lo que parece no haberle causado gran impresion; sus padres son personas dignísimas.

El jardinero no me ha engañado en nada; en el pueblo todo el mundo conoce la conducta de

Alberto, y la censura. No ha hecho por hablarme y tiene la desfachatez de pasearse por la plazoleta algunos ratos dando el brazo á la actriz y fijando sus ojos en mi ventana.

¿Puede darse mayor infortunio que el mio? Muerte que arrebatas al honrado padre que sostiene con su trabajo á una numerosa familia, al tierno niño que es el encanto y la esperanza de un hogar, á la prometida esposa, al laureado artista, al notable poeta, ¿por qué no dejas alguna de tus víctimas y me llevas á mí que no estoy en el mundo más que para padecer y para vivir muriendo?

Me encuentro tan débil, que creo que Dios va á oír mi ruego, que mis días de prueba han pasado, que pronto gozaré la eterna felicidad. Pide al Señor que acceda á las súplicas de tu verdadera amiga,

LUISA.

## XIV.

SUSANA Á TERESA.

30 de Diciembre.

Te escribo breves líneas mi querida compañera, para participarte que he unido mi suerte á la de Rafael Losada, realizando así todas mis dulces aspiraciones. Soy dichosa, muy dichosa, creo que hoy alcanzo en la tierra el límite de la humana ventura.

Mi esposo y yo salimos esta tarde para Italia, donde permaneceremos dos meses visitando sus principales ciudades. Si me escribes, dirige tus cartas á mi padre que se queda en Madrid y él se encargará de remitírmelas. Te prometo escribirte más largo en cuanto llegue á aquella hermosa tierra y hacerte extensas y poéticas descripciones de cuanto admire allí.

Rafael me encarga te salude, le he hablado mil veces de tí y ya te conoce sin haberte visto jamás. No dudes del sincero cariño de tu amiga,

SUSANA.

## XV.

TERESA Á SUSANA.

10 de Enero.

Recibe mi felicitacion por tu enlace, mi querida Susana, Dios te conceda toda la dicha que mereces y que para tí le pido.

Casi al propio tiempo que tu carta, he recibido otra participándome una sensible nueva; nuestra amiga Luisa, segun me escribe el señor cura párroco de... ha muerto á mediados del mes de Diciembre. Su familia queda sin recursos porque todo lo que tenía era la pension señalada por la madrina de nuestra compañera á esta desgraciada. Nunca la olvidaré en mis oraciones.

Para Mayo espero profesar en este convento, donde he pasado los días de mi tranquila infancia, tomando el nombre de sor María de la Encarnacion. Será un momento de júbilo para mí como para ti el de tus bodas. Huérfana y sola en el mundo no tengo más aspiracion que vivir siempre con estas buenas y sencillas madres, á las que debo cuanto

sé, consagrándome como ellas á la enseñanza de las tiernas niñas.

He escrito á la madrina de Luisa suplicándole que pague el colegio á una de las hermanas de nuestra amiga, que vive en la más completa ignorancia, y me ha prometido hacerlo; la otra vendrá por caridad segun me ha permitido la abadesa y yo me encargaré de la educacion de ambas, segura de complacer así á nuestra inolvidable Luisa, que me bendecirá desde el cielo. Contra lo que creia, el padre y la abuela de nuestra compañera no se oponen á separarse de las niñas que aprenderán aquí lo necesario para dedicarse á dar lecciones algun día, á fin de que no queden en lo venidero sin un médio de subsistir. No sé lo que será del padre y de la anciana; si en tus obras de caridad te acuerdas de ellos, harás una buena accion que Dios te premiará concediéndote cuanto se puede otorgar de gracias á los mortales.

Sin sospecharlo me has prestado un inmenso servicio. Desde mi más tierna infancia he preguntado en balde á la abadesa de este convento, que como no ignoras es hermana de mi padre, qué causa me habia alejado para siempre de mi familia, porque no me hablaban nunca de mi madre, por qué no habia visto jamás á mis hermanos. Tú has aclarado mis dudas, Susana; Lázaro, Bernardo y Margarita son esos hermanos, yo aquella

niña que su tía salvó del terrible mal hereditario alejándola para siempre del hogar paterno. ¡Infelices los tres! Falta á los unos la luz de la inteligencia; el otro desconoce la luz de la verdad. ¡Cuánto tendré que rezar para que Dios se apiade de aquellos y perdone á este!

Una sola vez ha escrito mi tía á mi hermano mayor, hace poco, pidiéndole su consentimiento, como tutor mio que es, para que me permita ser religiosa. Lázaro ha contestado: « Todo lo aprobaré ménos que se case. Gracias, respetable y querida tía, por haberla apartado de ese peligro. Nosotros no debemos tener descendencia; la fatalidad nos lo prohíbe. Desde que usted se retiró á un claustro llevando consigo á mi hermana, á la que desde su nacimiento sirvió de madre, supuse que Teresa sería monja y estuve tranquilo por su porvenir; era natural, educada en el convento, sus ilusiones tenían que cifrarse exclusivamente en él; á mí me la usted para que no desista de su intento. Ella no conoce las amarguras de la vida, yo he apurado ya la copa del dolor hasta la última gota; en cuanto á mis otros dos desventurados hermanos, su locura no puede curarse más que con la muerte. Día llegará, quizá no lejano, en que Teresa herede este castillo; pídale usted entónces que lo haga derribar que no quede de él ni una piedra; la casa está maldita, lleva en sí la desgracia inmensa é irreparable.

Que funde en el terreno un convento para que los cánticos de las religiosas y los suaves sonidos del órgano logren que estos campesinos olviden las funestas apariciones del Castillo negro. »

Mi tía me ha enseñado esta carta porque ha leído alguna de las tuyas y sabe que estoy enterada de todo. Dice que Lázaro está más loco que Bernardo y Margarita; yo lo creo también, porque es ateo y el que duda de la existencia de Dios carece de juicio.

Quería que me hablases con entera libertad de mis hermanos y por eso no te revelé la verdad cuando empezaste á tratar de ellos; sólo conocía sus nombres y el del lugar que habitaban. Es casi seguro que á no ser por tí nadie me hubiese dado noticias tuyas. ¿ Irás de nuevo á ese pueblo? ¿ Visitarás otra vez el castillo? Acaso no, preferirás, como es natural, vivir en Madrid ó viajar por el extranjero.

Mientras tú habitas soberbios palacios, yo ocupo mi modesta celda en la que tengo humildes muebles, cuadros de santos, figuritas de cera y de yeso, acericos y diversas cosas hechas por las religiosas. Vuestros retratos, esto es, el de Luisa y el tuyo me acompañan siempre. Mi celda tiene una ventana con reja al jardín y en ella he colocado macetas que sembraré en primavera de bonitas flores. El jardín está hoy despojado de ra-



maje, los árboles extienden sus troncos desnudos por delante de la fachada del convento permitiendo que la bañe un sol vivificador. Gozo viendo sus juguetones rayos.

Me han encargado del cuidado de la iglesia y esto me entretiene. He mandado poner en el altar donde está el cuadro de San Luis Gonzaga aquella Concepcion que tenía sobre la mesa de mi cuarto, y he hecho muchas flores blancas y azules con hojas de plata para formar con ellas un arco, que rodea á la sagrada imagen. Mis discípulas, que son bastantes, van diariamente á rezar allí.

Casi todas las educandas que llamaban las *mayores* se han ido como tú para no volver á este tranquilo retiro. Nosotras las *inseparables* tenemos nuestro destino trazado, muy distinto en verdad. Sólo Dios en su sabiduría puede conocer á cuál ha concedido mejor premio. Tú casada, Luisa muerta, yo monja... ¿cuál será más dichosa de las tres?  
Tuya afectísima,

TERESA.

FIN.

